

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR,

Nuestra comunidad cristiana celebra hoy la fiesta de la Virgen del Pilar. Muchos cristianos, arrastrados por el proceso de secularización y por la cultura de la calle, se quedan en el reflejo social de una fiesta que es y debería ser religiosa por los cuatro costados. Hay un hecho evidente: la fiesta del Pilar nació como un acontecimiento religioso y hoy para muchísimos zaragozanos y aragoneses el contenido de esta fiesta es meramente civil. La Virgen del Pilar es un pretexto para festejos de carácter profano. Hoy os invito a profundizar en el misterio de María como un admirable proyecto del amor de Dios a favor del hombre.

Hermanos: Dios es amor. Y María es una parte constitutiva, y no sólo integrante, del plan de Dios sobre el hombre. En Dios, ser es amar. El amor es su nombre. Y es su esencia de forma que es imposible que Dios no ame. El acto de amar constituye su vida.

El amor de Dios es tan intenso y eficaz que Dios crea lo que ama. San Juan utiliza el término «engendrar» para describir la obra del amor de Dios en nosotros. Cuando el Padre nos ama, desborda en nosotros su misma comunicación al Hijo. Dios, amando, nos da al Hijo. «Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo único» (Jn 3,16). El amor del Padre a los hombres se funda en el hecho trascendental de la generación del Hijo. Al engendrarle, nos lo da a nosotros, lo sigue engendrando en nosotros y nos engendra a nosotros en él. Dios es amor por lo mismo que es Padre. Y el Hijo, amando a los hombres, extiende a ellos la generación divina que en el seno de María se hizo, además, humana.

El amor que Dios nos tiene no es algo exterior a nosotros. Humanamente alguien nos ama y puede no pasar nada en nuestra intimidad. El amor de Dios nos recrea y engendra. Nosotros mismos somos el amor que Dios nos tiene. Yo soy amor de Dios. Tú eres amor de Dios. Todos somos amor de Dios. Y si el Padre es amor, y si la generación transmite la naturaleza misma del progenitor, lógicamente los cristianos seremos esencialmente personas que aman. El amor de Dios nos hace amar con su mismo amor. Ya es mucho poder decir que Dios nos ama. Es preciso añadir que Dios, amándonos, nos capacita para amar con su mismo amor. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (R 5,5). Hermanos: la Iglesia, el cristiano, es amor de Dios a los hombres. He ahí lo profundo de la novedad del evangelio: Dios nos ama y nosotros podemos amar con su amor. Y al venir de Dios el amor con que amamos, no es posible amar a Dios y no amar al hermano. Los cristianos de hoy necesitamos hacer una fuerte experiencia de creer en el amor. No podemos limitarnos sólo a tener hermosas ideas o conocimientos. Hemos de creer en ese amor que es divino por su origen y es divino por naturaleza, y que sigue siendo amor de Dios, amor con el que Dios ama, aun cuando está en los creyentes, cuando es el creyente el que ama. ¿Por qué los cristianos tenemos reducido este amor a nuestra personal y pura realidad psicológica o moral? ¿Por qué todavía no hemos creído en el amor, precisamente aquél mismo que Dios tiene y nos tiene?

Hermanos: María es modelo de fe en el amor de Dios. Ella experimentó como nadie que el amor de Dios crea lo que ama. Este amor le hizo madre, su madre. Dios le amó divinamente y ella acogió en su corazón y en su seno este amor. María se dejó engendrar, primero, por el amor de Dios y gracias a él pudo engendrar a quien es el mismo Amor de Dios. El amor de Dios a María le otorgó la capacidad divina de engendrar al Hijo de Dios. María es algo maravilloso. Es Jesús comenzado. La carne de María es carne de Jesús. La maternidad de María no se concreta sólo al momento de la concepción y del parto, sino que abarca todo el ámbito de la vida de Jesús. No representa un concepto estático, sino dinámico. María se hizo más madre creyendo, colaborando, en una prestación total de disponibilidad sin reservas. María participa con el Padre en el don del Hijo al mundo. Y lo hace siendo verdadera madre del Hijo. En María no nació primero un hombre al que después se le unió el Verbo de Dios, sino que el mismo Verbo unió en el seno materno de María su naturaleza divina a la naturaleza humana en unidad de persona. María es hija predilecta del Padre, es

Madre del Hijo, es Obra maestra del Espíritu. María revive en su maternidad las características del Espíritu: es signo de vida interior, de verdadera creatividad, y signo de verdadera y profunda comunión. María aparece como signo del rostro materno de Dios. Dios tiene entrañas maternales de misericordia. Lo femenino está en la definición original del hombre. Y es el camino por el que nacen el hombre y Dios. La plenitud de lo femenino no reside en el hombre, sino en Dios. En Dios está el arquetipo de mujer. Dios hace a María mujer y madre debido a la dimensión de su interioridad, de su misteriosidad, de la ternura, de una religiosidad basada en la receptividad y fidelidad extremas. Dios tiene entrañas maternales de misericordia. Y la verdad de la maternidad virginal de María nos revela hasta qué punto Dios se ha comprometido con la humanidad haciéndose en verdad "carne" con nosotros y para nosotros. Dios, en Cristo, se ha establecido en una cercanía infinita, de verdadero entrañamiento, rompiendo la frontera límite de los seres humanos que, en Cristo, son elevados hasta llegar a ser partícipes de la divina naturaleza. La generación humana de Cristo es, a la vez, generación espiritual de los hombres.

María nos enseña a valorar el amor de Dios. Ella supo como nadie que, amando ella, Dios, su Hijo, amaba en ella y con ella. Ella nos enseña a recuperar la confianza del amor de Dios en nosotros como gracia y solución para el mundo presente y futuro. El amor de los cristianos tiene los quilates de Dios. Cuando aman, no son sólo ellos los que aman. Es Dios mismo quien ama en ellos. El amor de los cristianos es la más formidable y poderosa de las energías del universo. En el mundo, en la Iglesia, hay unas relaciones funcionales y sociales, exteriores y morales. Pero hay también una energía interior, divina, poderosa, que es el amor de Dios, el amor con el que Dios sigue amando, ahora en nosotros y con nosotros. ¿Cómo es posible que los cristianos sigamos viviendo y actuando sin interrogarnos con franqueza sobre lo que nos dejamos perder de verdad y de energía en nuestro increíble poder de amar? ¿Cómo no somos capaces de oír la voz interior del amor de Dios cuando estamos destinados, elegidos, diseñados, a prolongar la encarnación de Cristo, su cruz y su cena, su Pentecostés en el mundo? ¿Cómo no tomamos conciencia de las energías que duermen en nuestro interior y que son precisamente las energías que más necesita la humanidad actual? Los hombres de hoy necesitan como nunca sentirse amados y ésta es nuestra misión. El amor es la certidumbre más fuerte del hombre y de la existencia. Nuestra influencia sólo llega donde llega el amor. Para cambiar al hombre, primero hay que amarlo. Pero amarlo no sólo en nosotros y para nosotros, sino en Dios y con Dios. En todas las religiones los hombres temen a los dioses. Es únicamente en el cristianismo donde Dios adora al hombre y se entrega hasta el límite por él. Después del amor de Dios no hay nada. El amor de Dios es algo irresistible, irreversible, totalizador. Suprime la dialéctica de amos y esclavos, de mandatarios y dependientes y hace de la humanidad, unidad y familia. Cristo se ha hecho uno con el hombre y nos enseña a los cristianos que nosotros somos más nosotros, cuanto más somos el otro, que el amor sólo es amor cuando es total encarnación, que sólo amamos de verdad cuando cada uno sabe sacar su mejor yo con el fin de ayudar a los demás a sacar de sí su mejor tú. Podemos vivir una oportunidad histórica si sabemos hacernos presentes en la sociedad moderna no como seres que mandan, sino como siervos que aman. El amor es el futuro de la historia y del hombre. La fe en el amor es lo único que puede devolvernos a una realidad feliz. María es para nosotros tipo y modelo del presente y del futuro si como ella y con ella nosotros los cristianos somos capaces de recuperar la fe en el amor y si con ella y como ella somos capaces de amar a los hombres con el amor de Dios.

Santa María del Pilar: ante Dios, tú eres la omnipotencia suplicante. Pide a tu Hijo para nosotros fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor.